

Caso de conciencia

I

Al revolver de un sendero del parque Monceau, oyó Jusserey que le llamaban. Volvió la cabeza y vió que se le acercaba una señora muy distinguida, con la mano tendida.

—Es preciso encontrarle á usted—le dijo ella—para verle.

Jusserey se quedó un tanto turbado y contestó:

—Crea usted, señora...

—Hace catorce meses—repuso madame Chavrel—que usted se oculta como si huyera de nosotros, cosa que me sorprende, después de haberme prestado usted un servicio, del que aun no he podido darle las gracias de viva voz. Hay en eso un misterio que es preciso aclarar á toda costa.

—¿Cómo sigue Chavrel?

—Perfectamente. Se le ha pasado su incomprendible locura y está conmigo más amable y rendido que nunca. Usted salvó á mi marido y me salvó á mí también.

¿Se acuerda usted de cuando le supliqué que le hiciera abandonar á la mujer que lo había arrebatado á mi cariño? Hizo usted el milagro, y mi gratitud para con usted será eterna. Vamos á ver ¿por qué se ha eclipsado usted por espacio de catorce meses? ¿Qué le ha ocurrido á usted?

—Nada de particular! He sido siempre para ustedes un amigo sincero.

II

—Sea usted franco conmigo.

—Pues bien—dijo Jusserey,—recuerdo perfectamente el día en que desempeñé la delicada misión que usted me había confiado, y de la que dependía su felicidad. Hiciera una semana que Chavrel se había alejado de usted y estaba á punto de partir con madame de Hassel. El infeliz era víctima de una loca pasión. Se trataba de arrancarle de los brazos de aquella sirena encantadora. Mi comisión estaba erizada de peligros. Me presenté á Chavrel con las manos llenas de pruebas relativas á la indignidad de la mujer á quien amaba, que no era más que una miserable aventurera. Había tenido varios amantes, cuyos nombres revelé á mi amigo, manifestándole que no valía la pena de que se sacrificase por semejante criatura.

Chavrel se resistió energicamente, sin hacer caso de mis reflexiones. Al fin le atacé en su amor propio, que casi siempre es el lado flaco de todo el mundo.

—Vas á ponerte en ridículo de un modo horrible—le dije—si emprendes la fuga con esa desdichada, que cuenta por docenas los amantes que ha tenido.

—También lo has sido tú?—me preguntó Chavrel con acento de indignación.

No me era posible retroceder y le contesté con aplomo:

—Sí, yo también.

—¿Te atreves á sostener que has sido amante de madame de Hassel?

—Sí.

Chavrel perdonaba á su amada sus devaneos con las personas á quienes no conocía, pero no toleraba que yo, su íntimo amigo, le hubiese precedido en los favores de su idolo.

—¿Pero es verdad?—me dijo. Después de haber consultado brevemente con mi conciencia, y convencido de que con una palabra podía devolverle á usted la dicha perdida, exclamé:

—Sí, hombre, sí.

Chavrel inclinó la cabeza, como aplastado por el peso de mi falsa revelación. Todo se había derrumbado para él. Ya sabe usted lo demás. Aquel mismo día le pidió á usted el perdón que tanto deseaba usted otorgarle.

III

Madame Chavrel se sonrió y dijo:

—Fué usted, amigo mío, un abogado muy hábil.

—Espere usted el final. Chavrel se reconcilió con usted. Pero yo tenía sobre mi conciencia una mentira que me pesaba de un modo atroz. No me quedaba



más recurso que dar á lo que había sido una ficción el tono de la verdad. Debía obrar así para mi tranquilidad moral. Me hice presentar á madame de Hessel, y para calmar mis escrúpulos y sostener lo que había dicho, le hice la corte. A los pocos días, la mentira se había trocado en realidad.

—¡Bah!—exclamó madame Chavrel un tanto sorprendida.

—Pero no es eso todo—repuso Jusserey.—No me hago ninguna ilusión acerca del valor moral de la persona que me honra con sus bondades; pero el hombre grave que yo era ha sido víctima, como cualquier otro, del perverso encanto de una pasión que se ha apoderado de mí con una violencia irresistible. Vea usted, amiga mía, á dónde me ha conducido el afecto que á usted profeso. Estoy á mi vez hechizado. Hago las más estúpidas tonterías y soy mucho más esclavo de esa mujer que el mismo Chavrel. ¡Ahora comprendo su locura! La obedezco ciegamente y realizo por ella toda clase de sacrificios. Es un amor absurdo y feroz, que me domina en absoluto, haciéndome, sin que yo me dé cuenta de mi triste estado, abdicar por completo de mi dignidad. Y, aunque tenga como ahora, al hablar con usted de mis debilidades, perfecta conciencia de mi aberración, le aseguro á usted que pudiera decirse todo cuanto se quisiera y no renunciaría tan fácilmente como Chavrel á esa despreciable, mortificante y deliciosa pasión que con tanta crueldad se ha apoderado de todo mi ser.

PAUL GINISTY.